

Juan José Vélez Otero

Poemas*

Crepúsculo en el solar

Aquí cada tarde se llevan los bancos
y nunca encienden las farolas.
Los jaramagos mueren de lepra
entre las ortigas densas
y el paisaje agoniza en la luz
quemada de los cementerios dormidos.

Es muy posible, justamente lo es,
que después de esta hora
el sol se serene
y venga de nuevo una noche madura,
desnuda por el mar,
a traer la soledad
de las lápidas blancas
y el lamento lejano
de un fado en el crepúsculo.

La sal ha secado el terreno
adonde sólo llega el bronce
multiplicado y roto de las campanas,
el gesto de arena de la melancolía,
las alas crujientes de los pájaros muertos.

Aquí nunca encienden las farolas,
y el viento seco del desamparo
aúlla como un lobo solitario
y perdido
entre el salicor y las piedras.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

Lo sabes

*Como alguien que se acostumbra
a un cuerpo o a una vieja dolencia.
(J. L. Borges)*

El mar cambia de luz al llegar el otoño.
Una vez fuiste desterrado,
tal vez de eso hace ya décadas,
de una tierra llamada Ventura.

Desde entonces andas
errabundo y constante
por las calles de la noche,
por bares y tugurios
que llaman de los desposeídos
y que cierran
cuando recogen la basura al amanecer.

Ya sabes que a tus espaldas
te llaman desarraigado
y que no compartes nada.
Los dichosos comparten su tabaco
y el cartón de vino
comprado en los supermercados.
Los dichosos hablan
y hacen bromas entre copa y copa
de alcohol gregario.

Todos saben que te has acostumbrado a ella
como a una vieja dolencia,
que tu tristeza no es nueva.

No se te hace extraño llevarla en tu sombra
ni sacar cigarrillos de soledad
del fondo de tus bolsillos.

Lo sabes, hace tiempo que lo sabes:
el mar cambia de luz al llegar el otoño.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

No me pidas la vida

No me pidas la vida. Sólo puedo ofrecerte
los ojos ciegos de una libélula disecada,
un libro sin concluir repleto de obsesiones,
un refugio con un solo cuarto de baño
y salón con vistas a la esperanza.

Sólo puedo ofrecerte
una caja de música herencia de un abuelo,
un reloj con insomnio,
un sueño social defraudado y sepulto,
el billete de un tren que nunca partió,
un estante colmado con jarrones de vidrio
cada uno albergando
el cadáver de un sueño.

Puedo ofrecerte
un páncreas propenso a la tristeza,
la cartilla de racionamiento de la felicidad,
un D.N.I. con la foto de un muerto,
el esqueleto roto de mi infancia,
la hora de la tarde
cuando abren los dondiegos.

Sólo puedo ofrecerte
un candil tirano
de miserable soledad entre las pitas.

No me pidas la vida.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

La carta

Quién me iba a decir que el destino era esto
(M. Benedetti)

Llegó esta mañana
con el viento hiriente de las alas primeras,
con la luz brillante que llamaba a mis párpados,
con las olas insomnes del mar,
del desierto agitado
que lame los muelles solitarios del alba.

Llegó. Y no hizo ruido.
No sé qué brisa de ojos ciegos
la coló por debajo de mi puerta
dejándola allí desnuda
como una paloma muerta y aún caliente,
expuesta en el suelo
con las alas plegadas, desvalida y dulce,
como luna vencida
por los rayos primeros que delatan la conciencia.

Era aún tibia en mis manos
y no me costó trabajo reconocerla.

Al abrirla sentí la respuesta del humo,
el cristal de la niebla, el cuchillo del tiempo,
lo que nota una momia al romperle el vendaje.

La carta que yo mismo

escribiera hace ya tantos años,
la que depositara con manos de deseo
en el buzón oscuro del destino,
estaba allí de repente, amarilla,
herida en las aristas
por la voz desvaída de un oráculo en sueños.

Me volví hacia el solar a llorar sobre el musgo.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

El solar

Toda la vida buscando los campos
verdes de menta que te dijeron una vez
existían, no sabes dónde, pero existían
porque algunos habían estado allí, decían,
y trajeron en sus manos gozosas
el suave olor de la lavanda y de la piperita dulce.

Toda la vida la misma letanía:
estudia, trabaja, contrólate,
sé hombre de provecho que la vida no es fácil,
y que el futuro depende del ahora,
y que quien guarda halla, y que quien siembra recoge,
y que quien no sufre alguna vez
no merece conocer la dimensión del gozo.

Toda la vida, que tantos años son nada.
Y que ocurre que el sacrificio rinde ganancias,
y que el hombre es bueno y que la sociedad lo corrompe,
y que somos racimos de idéntica uva,
y la moral y la ética y el estético comportamiento humano.

Y preparemos un mundo mejor,
que el que tenemos no sirve,
como si eso, hasta ahora, hubiese dependido alguna vez
del sacrificio, del estudio, del trabajo,
del provecho, de la esperanza de una minoría humana.

Un mundo mejor... los campos de menta...
el fresco olor a piperita dulce...
o el solo solar donde ahora te hallas
remangándote el frío hasta las ligas
como puta vieja desconsolada y triste
esperando que alguien le ofrezca dos pesetas de luz
o le dé tan siquiera, con cargo a su cuenta,
un simple beso desinteresado y herido
en su boca aún agraz de amapola olvidada.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

La espera

Si solamente me tocaras el corazón
(Pablo Neruda)

Si solamente vinieses a visitarme,
si llegases al menos una vez
con un cuenco de espigas en las manos,
con un cesto de sonidos
de campanas al alba a despertarme,
a tocarme el pelo, a pellizcarme
las mejillas con tus dedos blancos,
a besarme los labios y a llamarme cobarde.

Si solamente vinieses una vez
con los pájaros sonámbulos de la noche
a dar sentido al destierro,
a ofrecerme el olor a barro y a lluvia,
a pan caliente de la canal de tus pechos,
a violentar el silencio
y la luz cansada de estas nubes bajas.

Si vinieses al menos una vez
a traerme tabaco de mendigo pobre
y un puñado blanco de azahares
con que ahuyentar el olor
a dalias viejas de mi almohada.

Ven vestida de muerte al menos,
blanca por el camino intransitable de la fiebre,
a llenar de escalofríos el corazón
dormido en las ascuas de unos zapatos rotos.

Ven desnuda
a dormir conmigo bajo la tempestad y la niebla,
a partir el espejo obstinado del insomnio,
a que bebamos juntos por una noche siquiera
el vino salvaje
y hostil de los solitarios.

Juan José Vélez Otero

Poemas*

La huida

Libertad, para mí, quiere decir huida.
(Joan Margarit)

Se le vio partir y atardecía
por el camino blanco y solitario
que conduce al silencio de los planetas muertos.
Un atlas bajo el brazo, y le seguía
como un perro cansado y distraído
la sombra fiel de la tristeza.

Detrás dejaba toda la ceniza,
un columbario –sueños aún calientes-
abandonado en la luz pálida de la tarde.

Se le vio partir. Hacía tiempo
que, absorto, preparaba la maleta
pero esta vez no echó recuerdos de la infancia
ni las fotos prodigiosas de una primavera,
ni los discos, ni las gafas, ni los libros,
ni el diccionario en blanco de sinónimos de la felicidad.

Estaba anunciada ya la huida.

Nunca fue allí lo que quiso.
Lo tuvo todo, pero eso
es diferente. Nunca vio el mar;
por las noches lo oía. Avaramente
hacía recuento reiterado del tiempo:
un vacío rotundo de aire en la memoria.

Se le vio partir
y perderse diluido en la niebla amarilla.

A nadie dijo adiós.
Sólo dejaba
un último verso escrito por las tapias:
Están maduras ya las uvas del pasado.

* Fragmento del libro: El Solar, Ed. Endymion, Madrid, 2007; honrado con el Premio Aljabibe de Poesía.